

“...permaneced en mí...” (Juan 15, 1-8)

Siete veces se repite el verbo “permanecer” en los pocos versículos del texto evangélico que reflexionamos. El número siete, compuesto por la suma de tres (orden espiritual) más cuatro (orden temporal), significa la totalidad, la plenitud. Esta reiteración del verbo parece indicarnos que estamos ante una llamada de vital importancia: *“...el que **permanece** en mí y yo en él, ese da fruto abundante...”*

Permanecer, según la Real Academia significa *“mantenerse sin mutación en el mismo estado o calidad.”* Nos estamos refiriendo por lo tanto a una cualidad esencial de todo discipulado, cualidad que consiste en mantenerse, en perseverar unido al Maestro a lo largo del tiempo, cualesquiera sean las circunstancias.

Jesús sabía muy bien que la unión temporal, el entusiasmo del seguimiento en el contexto de la fama y de la popularidad no garantizaban nada. De hecho muchos de sus contemporáneos tuvieron arrebatos de seguimiento y hasta demostraron un fervor que resultó del todo inconsistente a la hora de la contradicción.

Como el sarmiento da fruto si está unido a la vid, así el discípulo da frutos a condición de permanecer unido a su maestro.

Vivimos una cultura fuertemente marcada por el éxito puntual y por una levedad enorme en relación a la fidelidad a proyectos de vida estables. La itinerancia aparece como un valor que justifica los cambios constantes de parámetros vitales.

Llegamos así a un sincretismo donde todo vale, donde la coherencia está en función de satisfacer los propios deseos más que en mantener inalteradas las referencias vitales, los valores en los que creemos, los criterios morales que orientan nuestra conducta. La clave interpretativa de la ética personal y social se centra en el confort como valor absoluto. Es evidente que en tales circunstancias el seguimiento de Cristo resulta no sólo anticultural, sino hasta puede llegar a ser acusado de integrista o de fanatismo.

Lo importante no es entusiasrnos un día con el Evangelio para dejarlo de lado ante las primeras exigencias. Lo fundamental, lo que nos dará la plenitud como discípulos, es el permanecer unidos a esa fuente de vida que es Cristo y su Palabra.

La Hospitalidad, como expresión evangélica, es sostenida en el tiempo como *“proyecto dinámico en fidelidad y creatividad que se prolonga en la historia”* (MII,1). Religiosas y colaboradores estamos llamados a *“permanecer”* en el carisma fundacional, siendo promotores de esa fidelidad creativa tan mentada en nuestros documentos.

Daniilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL

